

## La crisis del Golfo acelera los cambios en la seguridad euroasiática

CISDE Campus Internacional para la Seguridad y la Defensa

Iván Mateos Navarro

14 de Abril



La arquitectura de seguridad que conectaba **Europa, Oriente Medio y el espacio postsoviético** ha entrado en una fase de reajuste acelerado, con Washington endureciendo la **presión marítima sobre Irán**, **Ankara reclamando un papel más amplio** en la defensa continental y la **OTAN profundizando su cooperación con Azerbaiyán** en un terreno menos visible, aunque decisivo, como es la formación militar. Leídas en conjunto, estas tres dinámicas describen un mismo movimiento estratégico, **marcado por la incertidumbre** sobre el compromiso estadounidense, la necesidad europea de ampliar su base de capacidades y la creciente relevancia del eje que une el Mar Negro, Anatolia, el Cáucaso y el Golfo.

El frente más inmediato de esa reconfiguración se encuentra en el Golfo, donde Estados Unidos ha puesto en marcha un **bloqueo sobre los puertos iraníes** después del fracaso de las conversaciones celebradas el fin de semana en Islamabad, aunque tanto fuentes

estadounidenses como el primer ministro paquistaní, Shehbaz Sharif, sostuvieron que los contactos diplomáticos no se han interrumpido por completo. Donald Trump afirma que Teherán seguía queriendo un acuerdo, pero ha fijado una línea roja inequívoca al rechazar cualquier salida que permitiera a Irán conservar capacidad para desarrollar armamento nuclear; en esa misma línea, el vicepresidente JD Vance, que encabezó la delegación estadounidense, ha señalado que Washington exige la **retirada del material nuclear enriquecido** y un mecanismo de verificación suficientemente robusto para impedir un programa militar encubierto.

La gravedad de la medida se entiende al observar el entorno operacional que la rodea, observando como desde el inicio de la guerra el 28 de febrero, Irán había restringido de facto el paso por el estrecho de Ormuz a embarcaciones propias o autorizadas bajo sus condiciones, en un corredor por el que antes del conflicto circulaba cerca de una **quinta parte del suministro mundial de petróleo y gas**; por eso, cualquier alteración en esa vía trasciende la dimensión regional y entra de lleno en la seguridad energética global. Aun así, el mercado reaccionó con una mezcla de alarma y prudencia, ya que el crudo retrocedió por debajo de los 100 dólares ante la expectativa de que todavía exista una **ventana para la negociación**, mientras el petrolero y quimiquero chino *Rich Starry* se convirtió en el primer buque en salir del Golfo desde que comenzó el bloqueo estadounidense, un dato que ilustra hasta qué punto cada tránsito vuelve a adquirir valor político, militar y financiero.

La administración estadounidense ha intentado presentar la **operación como un dispositivo limitado y reglado**, al asegurar a través del Mando Central que la medida se aplicará de forma "imparcial" a los buques que entren o salgan de puertos iraníes, sin impedir el tránsito neutral hacia destinos no iraníes; sin embargo, el problema de fondo es otro, porque ni siquiera varios aliados atlánticos han mostrado disposición a acompañar a Washington en esta fase. Reino Unido y Francia dejaron claro que **no participarán en el bloqueo** y recalcaron que la prioridad debe ser la reapertura del estrecho, mientras Teherán ha calificado las restricciones como un acto de piratería y ha advertido de que, si sus puertos resultan amenazados, ningún puerto del Golfo o del Golfo de Omán podrá considerarse seguro. Ese desacople entre la acción estadounidense y la respuesta aliada revela una **fractura táctica relevante dentro del campo occidental**,

precisamente en un momento en el que el alto el fuego que frenó seis semanas de bombardeos entre Estados Unidos, Israel e Irán dispone de apenas una semana de margen y sigue bajo fuerte presión por la continuidad de las operaciones israelíes en Líbano.

Ese deterioro del marco estratégico coincide, además, con una discusión más amplia sobre la solidez del paraguas atlántico en Europa, ya que, en ese debate, **Turquía intenta situarse como actor indispensable** y no como socio periférico. El ministro de Defensa, Yaşar Güler, ha aprovechado el 74º aniversario del ingreso turco en la OTAN para cargar contra la reticencia de la Unión Europea a integrar plenamente a Ankara en sus iniciativas de defensa y ha lanzado una advertencia de alto contenido político, puesto que, a juicio del Gobierno turco, excluir a países aliados que no pertenecen a la UE puede **dañar más la seguridad y la resiliencia europeas** que una eventual reducción del despliegue militar estadounidense en el continente. La frase no fue casual, porque se produce en vísperas de la cumbre de la OTAN prevista en Ankara para este verano y en un contexto marcado por las dudas generadas en Europa ante la revisión de las garantías de seguridad por parte de la Casa Blanca bajo Trump.

La tesis turca se apoya en varios argumentos difíciles de ignorar desde una perspectiva estrictamente militar, dado que Ankara sostiene que dispone de un **gran ejército** permanente, **experiencia de combate** acumulada, una **posición geográfica** que conecta el teatro europeo con Oriente Medio y una **base industrial** capaz de producir con rapidez drones, munición, vehículos blindados y plataformas navales; a ello se suma que Turquía asumirá el mando de la **Allied Reaction Force** de la OTAN entre 2028 y 2030, señal de que dentro de la Alianza su peso operativo sigue siendo reconocido. Algunos analistas subrayan, además, que países del flanco oriental como Polonia, Rumanía, los bálticos y los nórdicos valoran cada vez más la **utilidad turca en una Europa obligada a reforzar** la disuasión frente a Rusia sin perder de vista la inestabilidad procedente del sur. Lo que emerge aquí es una redefinición del papel turco: ya no se presenta como frontera avanzada del sureste, sino como pivote de seguridad para el conjunto del teatro europeo.

No obstante, esa aspiración tropieza con límites políticos persistentes. Los mecanismos europeos de cooperación, entre ellos **PESCO y el Fondo Europeo de Defensa**, operan bajo

reglas de unanimidad que permiten a Grecia y a la administración grecochipriota bloquear la participación turca, como ya ha ocurrido con la candidatura de Ankara al proyecto de movilidad militar. A esa barrera institucional se añade una **ambivalencia geopolítica** conocida, en vista de que Turquía mantiene abiertos sus **vínculos políticos y económicos con Moscú**, pero al mismo tiempo necesita la cobertura defensiva de la OTAN y participa en la elaboración de planes destinados a contener una posible deriva militar rusa. En paralelo, percibe como amenaza directa la **expansión del vector balístico iraní** y conserva un activo estratégico de primer orden en la **base radar de Kürecik**, cuya capacidad de alerta temprana sobre misiles ofrece una cobertura más profunda que alternativas situadas en Rumanía. Por eso Ankara insiste en que la cumbre de este verano debería reafirmar de forma nítida el artículo 5; en términos prácticos, Turquía está diciendo a Europa que, si el continente entra en una etapa de menor apoyo estadounidense, la interdependencia entre ambas partes aumentará de manera inevitable.

En ese tablero, el **movimiento de la OTAN hacia Azerbaiyán** merece atención porque apunta a una lógica complementaria, puesto que entre el 31 de marzo y el 2 de abril, representantes de la **Dirección de Cooperación en Defensa y Seguridad de la Alianza** se reunieron en Bakú con la Universidad Nacional de Defensa de Azerbaiyán y con otras instituciones militares del país para evaluar las reformas en marcha dentro del programa DEEP, orientado a la **mejora de la educación en defensa**. El contenido de ese trabajo resulta muy concreto: desarrollo del profesorado, actualización curricular, adaptación de la enseñanza y certificación del inglés a estándares OTAN, ampliación de capacidades para gestionar una plataforma de aprendizaje electrónico a escala de todo el sistema educativo militar y, más adelante, apoyo al desarrollo del cuerpo de suboficiales, un aspecto clave para la interoperabilidad real.

Puede parecer un expediente secundario frente a la tensión naval en Ormuz o al debate sobre el **futuro de la defensa europea**, aunque en realidad revela un patrón estratégico más profundo. La OTAN está invirtiendo en un lenguaje común y estructuras de formación en una región que conecta directamente con los intereses de Turquía, con la estabilidad del Mar Negro y con la competencia por corredores logísticos y energéticos hacia Europa.

El bloqueo de los puertos iraníes muestra hasta qué punto el **poder naval y la coerción económica** siguen siendo instrumentos centrales, aunque cada vez más difíciles de legitimar y sostener sin una coalición sólida; la **ofensiva diplomática de Turquía** recuerda que Europa no puede reorganizar su defensa ignorando a uno de los pocos aliados con masa militar, industria y posición geográfica suficientes para alterar el equilibrio regional; la **cooperación OTAN-Azerbaiyán** confirma, por último, que el espacio euroasiático se disputa tanto en los estrechos y las bases como en las academias, los planes de estudio y la estandarización doctrinal. Ese es, probablemente, el rasgo más definitorio del momento actual, dado que la seguridad ya no se decide en compartimentos estancos, porque el Golfo, el flanco oriental, Anatolia y el Cáucaso forman parte de un mismo sistema de presión, tránsito, disuasión y adaptación institucional.